

KARL JASPERS

ORIGEN Y META
DE LA HISTORIA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE FERNANDO VELA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Vom Ursprung und Ziel der Geschichte*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1949, 1983 by Piper Verlag GmbH, Múnich
© de la traducción, 1968 by Herederos de Fernando Vela
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-28-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 539-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

LA ESTRUCTURA DE LA HISTORIA
UNIVERSAL

Por virtud de la extensión y la profundidad de las transformaciones que en ella ha experimentado toda la vida humana, recae sobre nuestra época la significación más decisiva. Sólo la totalidad de la historia humana puede suministrar los módulos para entender el sentido del acontecer actual.

Pero cuando contemplamos la historia de la humanidad nos encontramos con el misterio de nuestro ser humano. El hecho de que tengamos historia, de que por virtud de la historia seamos lo que somos y de que esta historia haya durado hasta ahora un tiempo relativamente muy corto nos lleva a preguntarnos: ¿De dónde viene esto? ¿Adónde va? ¿Qué significa?

Desde los tiempos más remotos el hombre se ha formado una imagen de la totalidad: primero en formas míticas (teogonías y cosmogonías, en las que el hombre tiene su sitio), después en la idea de que Dios actúa a través de las decisiones políticas en el mundo (visión histórica de los profetas), más tarde como actos de revelación en el conjunto de la historia desde la creación y el pecado original hasta el fin del mundo y el Juicio Final (san Agustín).

Pero la conciencia histórica es esencialmente distinta cuando se apoya sobre bases empíricas y únicamente sobre éstas. Las historias, legendarias todavía, de una génesis natural de la cultura que se extiende por todas partes, desde China hasta Occidente, ya tenían este punto de vista. Hoy se ha ensanchado extraordinariamente el horizonte real. La limitación temporal—la edad de seis mil años, según la creencia bíblica—ha desaparecido. Hacia el pasa-

do y hacia el futuro se abre una infinitud. Con esto se enlaza la investigación de los vestigios históricos, de los documentos y monumentos del pasado.

Esta imagen empírica de la historia tiene que conformarse, ante la inmensa multiplicidad de los hechos, con la presentación de algunas leyes regulares y la descripción inconexionable de lo múltiple; entonces se ve que hay repeticiones y que en lo múltiple hay lo análogo; que hay ordenaciones políticas de poder con sus series típicas de formas y hay también la confusión caótica; que hay series regulares de estilo en lo espiritual y hay la nivelación de lo irregular permanente.

También se puede intentar componer una imagen total, unitaria y conexas de la historia de la humanidad. Entonces se descubren los círculos culturales que han existido y su transcurso, se les contempla primero separados y después en su influjo recíproco, se extrae el elemento común de su sentido y mutua inteligibilidad y, finalmente, se piensa un único sentido unitario en que quede ordenada toda la multiplicidad (Hegel).¹

Quien se dedica a la historia realiza involuntariamente esas intuiciones universales que prestan unidad a su conjunto. Estas intuiciones pueden quedar sin crítica, incluso inconscientes y, por tanto, indiscutidas. En la manera de pensar históricamente suelen estar presupuestas como cosas evidentes, que van de suyo.

Así, en el siglo XIX se toma por historia universal la que, después de las etapas previas de Egipto y Mesopotamia, comienza en Grecia y Palestina y llega hasta nosotros; el resto pertenece a la etnología y queda fuera de la verdadera historia. La historia universal era la historia de Occidente (Ranke).

En cambio, para el positivismo del siglo XIX todos los hombres debían gozar del mismo derecho. Hay historia allí

donde los hombres viven. La historia universal se extiende en espacio y tiempo a todo el planeta y queda ordenada geográficamente según su distribución espacial (Hemot). En cualquier parte de la Tierra hay historia. Las batallas de negros están al mismo nivel histórico que Maratón y Salamina, y tal vez fueron más importantes por el número de hombres llamados a las armas.

Pero otra vez pareció advertirse en la historia una ordenación y estructura al intuirse en ella culturas unitarias.² De la masa informe de la existencia humana meramente natural—ésta era la intuición—surgían culturas semejantes a organismos, a manera de formas de vida independientes que tienen principio y fin y que no se influyen mutuamente aunque alguna vez pueden encontrarse, interferirse y perturbarse. Spengler conoció ocho de estos cuerpos históricos, y Toynbee, veintiuno: Spengler les atribuye una vida de mil años; Toynbee, una duración indeterminada. Spengler se vio en la necesidad de atribuir a cada uno de estos organismos un proceso misterioso total, una metamorfosis, cuyas leyes creyó descubrir morfológicamente por analogía entre las fases de los distintos cuerpos culturales; porque para él todo es símbolo en la figura fisiognómica. Toynbee procede, en cambio, a un múltiple análisis causal desde el punto de vista sociológico; además, deja margen a las libres decisiones de los hombres, pero de tal suerte que también la totalidad se presenta a los ojos en la forma intuitiva de un proceso necesario en cada caso. Por esta razón, ambos extraen de su concepción total predicciones para el futuro.³

Aparte de Spengler y Toynbee, Alfred Weber ha desarrollado en nuestros días una gran imagen de la historia. Su concepción universal de la historia, su sociología de la cultura queda de hecho abierta, a pesar de su tendencia a tomar la totalidad de la cultura como el objeto del conocimiento. Desarrollando su clarividente intuición con un se-

guro sentido para el rango de las creaciones espirituales, traza el proceso de la historia de tal suerte que no obedece al principio de la dispersión en culturas separadas ni al de la unidad de la historia humana. Sin embargo, de hecho resulta a la postre la figura de un proceso histórico universal que se articula en culturas primarias más antiguas, culturas secundarias de primero y segundo grado hasta llegar a la historia del expansivo Occidente desde el año 1500. No hay para qué examinar más estas concepciones; mi propósito es más bien esbozar por mi cuenta el esquema de una concepción total.

En mi esbozo voy inspirado, como por un artículo de fe, por la convicción de que la humanidad tiene un origen único y una meta final. Pero no conocemos en absoluto ni este origen ni esta meta. Únicamente los entrevemos en el vislumbre de símbolos equívocos entre los que se mueve nuestra existencia. Mediante la meditación filosófica tratamos de acercarnos a ambos, al origen y a la meta.

Todos los hombres somos parientes en Adán, procedemos de la mano de Dios y hemos sido creados a su imagen y semejanza.

En el origen, el ser se hacía manifiesto en un presente sin conciencia. El pecado original nos puso en el camino de llegar a la claridad de la patentización consciente mediante el conocimiento y la actividad práctica finita que se pone fines en el tiempo. Con la consumación del fin alcanzamos la armonía de las almas y nos vemos unos a otros en un presente amoroso, en una ilimitada comprensión, perteneciendo al único reino de los eternos espíritus.

Todo esto son símbolos, no realidades. Sin embargo, únicamente concebimos la historia universal—accesible empíricamente—en su sentido, sea que ella lo posea efectivamente o que se lo demos los hombres, bajo la idea de la unidad del conjunto total de la historia. Y en los hechos empí-

ricos consideramos en qué medida responden o se oponen absolutamente a esa idea de la unidad.

De esta suerte se despliega ante nosotros una imagen de la historia en la cual pertenece a la historia, primero, lo que como hecho único, irrepetible, ocupa un lugar intransferible en el proceso unitario de la historia humana, y segundo, lo que tiene su realidad e indefectibilidad en la comunicación o continuidad del ser humano.

Esboceemos ahora en una estructura de la historia universal nuestro esquema, que trata de dar a la historia de la humanidad la máxima amplitud y la más decisiva unidad.